

APUNTE ENTRE LOS FRAGMENTOS DE LA RUINA

Por

ANTONIO FERNÁNDEZ ALBA

Este comprensivo rito académico y a la vez sentida ceremonia, trata de recordar y rememorar algunas acciones de la vida, después del acontecer natural de la muerte. Nos enfrentamos no pocas veces a tener que descifrar con palabras nuestros afectos, a concretar olvidos, sepultados por tantos compromisos, a precisar y hasta reconocer virtudes que existieron y apenas tuvimos noticias de ello, son un círculo de recuerdos que brotan de la melancolía de la ausencia. Junto a ellos y casi como si se tratara de apaciguar tan vulneradas memorias, acudimos a la evocación de las obras en el final de la partida. Es un recurso ancestral para hacer presentes los rasgos biográficos, un apunte breve sobre lo que fue la escritura de la vida.

En la cada vez más reducida nómina de arquitectos españoles que trataron de consolidar en los años cuarenta y cincuenta los postulados formales del racionalismo en la España de posguerra, se encuentra el académico Julio Cano Lasso que aquí recordamos. Su quehacer profesional como arquitecto pronto se integrará en el reducido grupo que podríamos denominar, la segunda vanguardia de la modernidad racionalista en España; los primeros trabajos profesionales que realiza se manifiestan temerosos aún del encuentro con las prerrogativas que protagonizaba la técnica en una cultura arquitectónica eminentemente tradicional y como todos aquellos arquitectos, percibía las zozobras del aislamiento y escasa información por la que discurría el pensamiento europeo de la arquitectura en esas décadas. Cómo dar respuesta, entre otros múltiples interrogantes, a aquellos debates acerca de la función y su relación con la “forma”, debate compositivo que entabla en el fondo relaciones más profundas del papel asignado a los arquitectos en aquella Europa que emergía escindida de los avatares bélicos de 1946.

De la tensión de este binomio, la función en arquitectura y la expresión que debe formalizar, no hubo apenas grandes victorias. El cometido de la arquitectura se limitó a cumplir con edificar algunos territorios de la ciudad,

en mayor o menor grado, a decir verdad, en periféricos arrabales y concentradas medinas. El dato de como habitaba no parece que fuera comedido de aquellos tiempos.

Para el académico Julio Cano Lasso hombre alejado de toda convicción agnóstica, aceptaba con veneración aquella idea, tan propicia al sentir de los arquitectos de aquellos años, de entender la función de la arquitectura como una “profecía de belleza”, como el proyecto de la “obra total”, dirigida a ganar con las “buenas formas” los espacios dinámicos y caóticos de la civilización moderna.

De semejante inclinación y actitud dan muestra fehaciente sus elocuentes apuntes, croquis, dibujos de ciudades y proyectos. Arquitecturas dibujadas que tienden a sublimar el patrimonio de los espacios ejemplares, ocultos a veces entre los fragmentos de la ruina. Del aprendizaje sobre el momento o la ruina, creo que se puede aceptar en el trabajo del arquitecto Julio Cano Lasso aquel aserto, tan apreciado por los místicos de la arquitectura sin adherencias, ¿para qué el ornamento vago, sino encuentra la forma justa?.

Extremado dibujante, llegó a entender el dibujo como aprendizaje de la arquitectura, como una “lengua muerta” que conserva los conocimientos constructivos, el dibujo como “lingua morta” que alberga los testimonios de la vida cotidiana, y que para el arquitecto es imposible de sustitución alguna.

Desde esta manera de comprender el espacio de la arquitectura que aquí evoco, vendría después el plantearse como defenderla de tantos formalismos que destruyen el buen arte de edificar, propuesta difícil, salvar el proyecto de la arquitectura desde la lógica de la razón lleva consigo indagar las diferentes miradas por las que discurren los espacios y las formas de la morada de los hombres y como mantener en ellos, la continuidad de la limpia tradición de la historia cuyo olvido resulta imposible de aceptar para el trabajo del arquitecto. Esta arquitectura de la que hablo, se sitúa en las fronteras de la modernidad, de una modernidad distante de los “ejercicios de estilo” y de los caligrafías automáticas de tantos arquitectos que invaden con sus objetos de diseño los espacios de nuestro entorno.

El itinerario profesional del académico Julio Cano Lasso como arquitecto, próximo estuvo a cuanto aquí, con la brevedad que el acto requiere, ha sido recordado. Fiel a su concepción de la arquitectura dentro del idealismo de perfiles clásicos, mantuvo intacta su fe en la “profecía de la belleza” y del pensamiento redentor que él había asignado a la arquitectura.